

RUPERTO MACHA

El baile de los piratas

Caída la sombra, borbotantes los labios, me he quedado al viento.

Un "Marlboro" ha visitado mi soledad en juncos y golondrinas de mar.

Al estruendo de los platillos, al furor de los tambores, —no se mira nada de las estelas, ni nada de las olas púber—, cosquillando los pies, la quietud remuerde.

Blancas columnas, fluir de ruidos, motor en cierne, relámpago que a estribor brilla y rebrilla —tempestad al oeste—, la mar alzando su majestad de hembra.

¿Qué va a ser de ti, Donizetti, pasada la medianoche?

(Relámpagos, nocturna fotografía, silueta fantasmal de Bretón y sus apóstoles, boite de nuit y ramerías extraordinarias...).

Es el baile de los piratas. Con cada ida o venida, el baile de los piratas, cerca, al borde del trópico.

¿Te gustan los piratas?. Que no, que sí. Me gusta la libertad en el pirata y el pirata en su libertad. Que no mandaderos, que no camareros arrugados, que no por cada bajel el menos o el más, que todos iguales por el pan, por la alegría. Ser pirata y llevarme Alba, para todos los mares, todos los trópicos

y una noche, noblemente,
dormir la mar, la mar dormir, tendido de oriente a occidente,
ser un dios insumergible y sumergiendo amores
de noche a noche, de trompeta a trompeta, de grito a grito,
de rumor a rumor, de vela a vela, de babor a estribor...

Es la fiesta del pirata, esta noche lejos de Alba y de los puertos. Esta noche, pensándolo sin lema, nuestra pelea cogiendo el occidente.

Y no ser del todo ajenos al universo. Bullir, nutrirse, forcejear en el mismo mundo.

Danza de piratas,

Llebadme por el fondo de los mares y traedme con vuestra gente hasta aquí,
en medio de esta alegría sobre todas las aguas.

Que así sea
por los siglos de los siglos, sin fin.

Neptuno

No nos grites en los labios, tu garganta profana —sed de voces genitales y fiebre íntima de goces elementales, no nos grites si no logras —esta noche—, con los demás, adorar de vientre, ardida y descabellada, al dios de los mares.

Deja que los héroes brutales —los que ya estrenaron laudes y epitalamios, los que no entornan ojos tristes, a su derecha o su izquierda—, palpén otros vientres y fiebres íntimas, por el dios de los mares.

Cavilo tu reclamo: Que el trópico amalgama tus senos, tu sed en marcha de jadeos triunfantes. Que el sabor más alto tiene de blanda muralla los músculos cercanos.

Cavilo que, entonces, tu lecho será clamor divino, que el fuego o la nieve nutrirán tu sueño, que lamerás pulmones, lamerás sábanas, mujer como la mar inmensa, siempre cantando óvulos eternos.

Cavilo que, sin Neptuno contigo, esta suerte restriega la cópula al silencio. Por acaso, a la hora del entendimiento, toma mi padrenuestro y calla.

Ruperto Macha Velasco, Huancayo, 1943. Estudió en la Cantuta. Publicó *El corazón deshabitado*, Huancayo, 1970.

EDUARDO URDANIVIA

Aquí todo me recuerda que soy el último.
El último de una estirpe sin estirpe
que empezó y terminó en un solo siglo.
Mis abuelos fundaron su vida y su pueblo,
y murieron pensando que cumplieron su deber.
Al frente, junto al muelle, la oficina de mi abuelo.
Y el cine, y la iglesia y el club contruidos
por mi abuelo.
Yo escribo en la baranda apollillada de la casa
de mi abuelo.
El está en la sala, sobre el piano, observando en silencio
la muerte de toda su obra: un pueblo tragado
por el tiempo y la polilla, ocho hijos,
veintiún nietos, doce bisnietos. Todo lejos
del mármol que lo resguarda en el cementerio privado de los extranjeros.
Hoy todo es sombra;
y en la casa del gerente
fornica un general de dos estrellas
ganadas gracias a que Chile quiere hacernos la guerra.
Ya no hay música en la vitrola RCA
y las muñecas de biscuit duermen su olvido ciego, cojo y manco
en los últimos cajones de las cómodas.
Ningún macetero ha quedado en pie,
se han desfondado las poltronas,
los cubiertos de plata se cambiaron por plata;
y mis dos tías solteras me recuerdan
que soy el último, y me piden
que no revele las secretas pobreza de los plátanos fritos de cada noche;
que siga tomando té a las cinco
en la loza que ha podido salvarse del desastre;
que no desespere que aún quedan
algunas perlas y pendientes
que pueden sacarnos del apuro.
Mientras tanto, puedo tocar algo en el piano,
o ver las fotos del viaje a Europa,
y tomar conciencia de que todo se acabó hace tiempo
y debo empezar a trabajar.

Las lenguas de tu pueblo
y el sexto mandamiento
te impidieron amar.
Los cerros, la playa, los hombres,
todo era propicio;
tú misma: tu cuerpo y tu sonrisa.
Pero el ojo de Dios en todas partes
y un murmullo creciente entre los días
te dejaron morir entre novenas, rosarios
y tés de beneficio.
No has dejado de ser
la señorita del pueblo.
Te lamentaste al principio;
pero ahora el fracaso
se ha disfrazado de orgullo de haber vivido con decencia.
Has sido una honesta enemiga de ti misma.
Hoy las lenguas han muerto
y el sexto mandamiento no puede ya ser transgredido.
Sólo el mar, los cerros y los hombres
siguen siendo propicios.

Eduardo Urdanivia. Nació en Piura, 1947. Estudió
Literatura en San Marcos.

AIIDE ROMERO

YA ME HABIAN DICHO QUE EN SU ESPERA

guardaba centésimos de lluvia y que ese aire soplando
ese viento opuesto al original me refrescaba el cansancio
y yo más bien creía que eran cristales opusculares
chocando en mi ventana y redondeaba los números en el almanaque
hasta cansarme hasta reventar

Luego saludaba sonriéndole a Eduardo a Miguel Angel
a ese Yamashiro el de los dientes disforzados en su guante amarillo
y no pensaba en la hora los minutos y la ternura
brotaban de mis manos inconteniblemente y esa agua era rosada
gota a gota de esos ojos en la sala dormida y bulliciosa

También la losa estática sonreía HOY TODO REIA
en esta dimensión de hojas cayéndose sin veranos y
sin recuerdos tristes

Bullía sin embargo el reproche en tu pañuelo
en el taco de tus zapatos ojerosos

Tiene mucha importancia entonces me dije:
vivir pensando en la mañana luminosa e ir pasando
entre las sombras volubles e ir dejando nuestros rastros
con huella clavada al tiempo y hacerla imborrable
impenetrable en nuestros huesos en nuestras horas.

HOY LA NOCHE NACE COMO UN MANSO MONTE

de entre los cristales sufridos del viento
que se ahoga sin clemencia entre sus hojas cantoras
Va cuajando sus labios al son del sueño
como una pura flor besando su capullo
Abre los ojos y el fuego sangra en sus sentidos cáusticos
como un silencio derramando sus dolores prematuros
absorbiendo la canción que gime sobre la órbita del océano adormecido.

HE CONSTRUIDO UNA PALABRA

sin saber entre mis labios a costa de esfuerzo y de constancia
La palabra esa no aplasta ahora con su fuerza invisible
con la insistencia clavada entre sus dientes llenos de historias
y de mordiscos cóncavos
Sin saber por qué he edificado mi hogar
sobre la arena sacrificada ardiéndome las manos
sacándome la piel de a pocos con mis vértebras lumbares
tendida y llorando sacudiéndome el alma y sus angustias
el mundo y sus enfermedades más elementales
He construido una palabra con mucha ternura en los ojos del agosto
que vendrá y está por irse y esa palabra me aplasta me contamina con
su brillo incandescente.

DE BRUCES CON LA VISTA FIJA EN LA CIUDAD

la tarde cae sobre mi mano el papel cruje y
va siendo despuntada cada palabra sincera
Los pequeños arbustos y la grama húmeda hociquean
tímidamente por los agujeros y yo en medio de este parque
hundo las sienes cavernosas que se van apoderando del verano
que pasará a ser un leve recuerdo teñido en su pasto de púas delicadas
miraré:
Cómo pasan todos tomados de las manos besándose en la boca
sonriendo conversando caminando
sí sonriéndole al sol tímido y oculto
conversándole al horizonte que se partirá en la tarde
caminando sobre las aguas grises sobre cada hombro levantado
que se humilla para ser ensalzado luego.

Aidé Romero, Lima, 1949. Estudia
Derecho en San Marcos.

SEGUNDO

Esta es tu casa. Qué extraño. No te azore si desde ayer si desde siempre
nadie ha llegado a sus puertas. Si de nadie
recibe el buenos días.

Sucede que la soledad te bloquea;
como el tiempo, como el olvido, venzo todas las paredes la belleza
el alifio venzo de los rostros.

¿De qué, de qué se habla?

En mi casa, protejo la edad de mi cuerpo,
contengo el llanto,
el cansancio siento de tu ausencia,
el peso de la noche sostengo.

Esta es tu casa. No te extrañe: el tiempo hizo de las tuyas;
no te aterre mi traje carcomido,
mi guadaña de fábula y moraleja:

no me asusta ese hábito nuestro
de convertirnos en polvo
de no preocuparte más
de la materia y del espíritu
qué manera de salir del paso

¿De qué o de quién, mas bien, se desprende
el ladrido del desvelo

o de dónde zarpa

el barco del vacío?

Esta es tu casa: cuelgan tus cosas; mastico sin reposo lo por venir;
hablo del presente con aflicción; chantajean mis vigiliass;
abro mi corazón y lo empolvan;

sobre el desarme sobre la paz
leo artículos
escucho conferencias:

cómo alivia
la inseguridad
de estas palabras.

Miren desde mi casa:

cómo el puerto y el porquerizo enfurecidos apuran mi mesa,
el pescado atrae a las moscas;

mira cómo me succionan:

caer y rodar qué significan en tiempos difíciles

en tiempos de amagos si no queda

nada que no sienta que no vea

tu amarillenta plomiza presencia.

CANCINO

¿De qué, de quién es
esta palidez, este encierro, este almacén de naufragios?
yo no hice más que llegar y recoger mi rostro
y caminar

a empujones
a zarpazos

y hago lo posible sobre tierra
para salvarte casa de la tempestad del infatigable espanto
de la gusanera que se asoma a la hora de las viandas
aguanta las puñaladas
el desgaste de la carne.

Vamos, esta es mi casa: no he de negarte hospedaje;
tú que llegas, saluda, conversa
no de catástrofes cotidianas

que son mis manos
las cenizas de una pasada emoción
en un mundo agotado;

tú que llegas, no me asustas, sabe mi fuerza,
espera: oigo pasos, también gustaría vivir
los últimos minutos que la iluminarán
que redondean vuestra historia

oh manía esta de vivir;

tú que llegas, conversa, acércate:

estuve fuera de tu alcance por mucho tiempo y bien que me seguías
invadía la ciudad con mi locura
y caminaba y sabía que de algún modo me hallarías
realidad o idealidad

Penélope en los hilos de la araña

tú que llegas, que te amigas de mí,
conversa, no de catástrofes cotidianas;
dime: cómo asegurar mi casa
para el regreso.

Esta es tu casa. Qué extraño. Queda muy poco:
algunos ritos de familia,

sentimientos confusos,

males pronósticos,

carbonizados;

y algo tuyo atareado en prolongar la vida.

QUITUMBE

Después de inventados en cielo y los chalets,
la tierra y las animales y los zoológicos,
crecieron los ojos de Quitumbe

como los prados;
como la brisa

su canto en el vientre de Llira, su esposa;
y, como las colinas,

sus brazos y sus piernas,

Mas Otoya, el hermano,
después de inventados las nubes y los tabúes,
la codicia y el acecho,

vestido de leopardo,
con discordias y maldiciones,
el heno y los sauces rodea

y el tierno brote del día.

Y sobre todas las alimañas,

saborea y deglute,

Thone, el hijo,

la tempestad y los disparos

y cabotea como el viento

en la línea Maginot o en Camboya;

y a pesar de Nuremberg

y Cartago, en ruinas,

vestido de jaguar,

aiembra el tiempo de mastines y pestilencia.

Y también,

después de inventados las fábulas y los perjuicios,
las avenidas y las serpientes,

sumado a su padre,

un hijo de Thone,

vive en Sodoma

y los night clubs atisba

y aligera,

como una cabra o una pantera,

su cuerpo;

o sobre el maíz y los lirios y las estrellas

y los albañiles que jugaban con las piedras

y en sus dedos tachonaban la lluvia,

preservativos rocea

la sífilis y otras desdichas.

Después de inventados el cielo y los turgorios,

el mar y los naufragos,

el alfa y las promesas,

“oh rey de las enfermedades”,

(no lo dice la leyenda)

con prostíbulos y conjuras
y cohetes y campos minados
y migajas y basura
y tísicos e hijos contra natura,
adobaste el reino de Quitumbe
y a sus hijos;
y a los hijos de Guayanay,
su dichoso hijo,
vestidos de siervos
a vivir mandaste y a rodar junto a la neblina,
y a poblar y recorrer el mundo
con unos cuantos cobres en el bolsillo.
Pero también
después de inventadas las jaurías
y la flota y los congéneres de Carlos V y todo,
"oh hacedor, que estás en paz y en salvo",
otros tiempos
y otros destellos,
tallan (y tallaron) el rostro de Quitumbe
y el de Guayanay,
su hijo,
y el de Tumbé,
su padre.

CON LAS GORGONAS HASTA EL PECHO

Con Hernán Pablo por cargamento.
En la Espalda: Hernán, el estudiante;
y Pablo, el carpintero.
Bajo esta osamenta que sufre,
hurgo lo que me espera.
El sudor viene con apuro.
Con apuro transcurro
y vivo mis andanzas.
Molido por la soledad
de estos muertos,
enviudo en silencio.
Con las gorgonas hasta el pecho,
abro mi boca, grito mi nombre
a golpe de sospecha.
Y se empapa con ahogos mi coraje.
Sobrevivo. Eludiendo
al dolor con aguardiente,
me sostengo como puedo.

EL VARON DE US (o en memoria de Job)

En el país de Us,
temeroso de Eichmann y la violencia,
rodeado de bueyes y muchos criados,
mora un varón:

tu hijo es Yavé:
entre las víboras y los estercoleros,
yergue su cuerpo.

Señor, de úlceras rodeas
sus campos de golf y de catástrofes.
A pesar de la náusea y del vértigo,

Como M

A

H

A

T

M

A,

se dirige a Baldad, a Eliú y a Sofar,
y les habla:

de las viñas desoladas,
de los campos de concentración,
del colibrí les habla y de la gacela
y del Ku Klux Kan y de los médanos
por el vendaval tumbados en oriente;

o bien Yavé

muestra tus sandalias
devastadas por las bombas de Napalm;
y ordena a sus siervos
que dejen de tocar el arpa y las guitarras,
y embarra

con insecticidas y azufre su piel
separada de los árboles,
de los pájaros

de los sueños.

"Oh padre de la lluvia",
tu casta es de extraños y agonías

que se agazapan como el páramo
sobre el nardo y el áloe y los ascensores,
para usurpar mi morada
de cemento y de hierro retorcido.

La soledad y los B 52,
oh padre del granizo,
al varón de Us
acuchillan y a su prole.

Con tristeza, Señor,
llena de manantiales sus ojos y de charcos
sus mejillas;

y al ver que junto a las garzas
se solena los Krupp, el moho y la hiel,
anohecen sus cabellos
y el pozo en que bebe

y bebe su rebaño.
Bien sabes tú, Y
A
V
E,

que tuya es su tienda
y secas los abrevaderos

y esparces
tabernas y tertulias y miseria
y bramidos y espasmos y pústulas
sobre la tierra.

Sin embargo no brota de sus labios
una sola palabra abundante en espinas
y alacranes.

Y en una esquina, Señor,
bloqueada de trasgos y ampollas y cataclismos,
lo abandonas

exhausto y solo
con una Coca-Cola

que no refrescará sus heridas
ni el tiempo anginoso y destartalado.

SEGUNDO CANCINO, Tacna, 1948. Profesor de la
Escuela Normal Superior de Varones Champagnat
de Tacna. Tiene dos poemarios publicados.

JOHN DONNE

Canonización

Por lo que más quieras, cállate y déjame amar,
o increpa mi apatía o mi artritis;
búrlate de mis cinco canas, de mi fortuna perdida
con tu alma enriquecida con las artes, con abundancia tus tierras;
haz algo, actúa, colócate,
honra al noble o al obispo
o al oro del Rey, o contempla en la moneda
su dibujo estampado;
experimenta en lo que quieras,
pero déjame amar.

¡Ay de mí! ¿a quién hiere mi amor?
¿qué barcos mercaderes han hundido mis suspiros?
¿quién dice que mis lágrimas coparon sus caminos?
¿cuándo mi frío alejó la futura primavera?
¿cuándo el calor que hinchó mis venas
agregó uno más a la lista de la muerte?
Los soldados tendrán guerras y los abogados litigantes
que pleitos motivos
aunque ella y yo amemos.

Di lo que quieras de nosotros: el amor nos hizo así;
como a mí, llámala mariposa de luz;
también somos candiles y en amor nos consumimos;
somos águila y paloma;
mucho más, por nosotros,
significa el ave fénix;
los dos que somos uno, somos el ave.
Así, los dos sexos se anulan en uno solo.
Como el ave morimos y al igual revivimos:
así es el misterio de este amor.

Por amor moriremos, si por amor no vivimos;
y para versos servirá nuestra historia eremítica
si no para mármol y carrozas;
si no para las crónicas
para poemas de amor;
como urna bellamente forjada se convierte,
cual mausoleo, en las más nobles cenizas,
y por estos himnos nos considerarán
"canonizados" por Amor.

Y así invócanos: "Vosotros a quienes amor sagrado
hizo uno del otro un ermitaño;
vosotros para quienes el amor fue paz y ahora éxtasis,
que extrajisteis todo el alma del mundo y llenasteis
los vidrios de vuestros ojos
(así se hicieron tales espejos y tales espías
que todo condensaron)
de naciones, ciudades y palacios: desde arriba
rogad por un modelo de este amor".

(Traducción de F.C.)

Traducción

Hasta las mosquitas lloran
en la ribera del río,
allí llega la penumbra
con sus lágrimas negras,
con su grito
por las pampas, por las punas.
Hoy mi sombra ya no está por esos lugares
hoy no veo a mi padre, a mi madre;
tampoco veo
los maizales,
los trigales
ni el cerro grande.

Allí,
gritan mi nombre,
preguntan al viento,
a la lluvia
Por eso,
quisiera perderme
por eso,
quisiera volverme piedra.

EDUARDO NINAMANGO. Huancayo, 1947.
Estudiante de Literatura de San Marcos.